



LA INVESTIGACIÓN SOBRE CLASES POPULARES, ACCIÓN COLECTIVA Y PROCESO POLÍTICO EN LA ARGENTINA. DE LA CONFIGURACIÓN DE DOS MATRICES DE ANÁLISIS A LA INCORPORACIÓN DE NUEVOS DESAFÍOS.

Research on popular classes. Collective action and political process in Argentina. From configuration of two arrays analysis to the incorporation of new challenges

María Victoria D'Amico

FaHCE-UNLP-IdHICS-CONICET

victoriadamico@gmail.com

Jerónimo Pinedo

FaHCE-UNLP-IdHICS

jeronimopinedo@hotmail.com

Resumen:

Este artículo examina las características teóricas y metodológicas de las dos perspectivas de investigación más utilizadas en la Argentina para estudiar las relaciones entre clases populares, acción colectiva y proceso político. Sostiene que existe una doble matriz de análisis basada en la sociología política y la etnografía política respectivamente. Además, aborda los desafíos que encuentra la aplicación de estas perspectivas a partir de los cambios políticos y sociales introducidos desde el año 2003.

Palabras claves: clases populares, acción colectiva, proceso político, sociología política, etnografía política, Argentina.

Abstract:

In this paper we aim to analyze the theoretical and methodological perspectives of research which have been more widespread in Argentina in the academic studies on relationships between popular classes, collective action and political process. Our statement is that a double matrix exists based on political sociology and ethnography. The study also seeks to explore the challenges that the changes in the political context after 2003 imply in the utilization of these perspectives.

Key words: popular classes, collective action, political process, political sociology, political ethnography, Argentina

Introducción

En un artículo anterior examinamos las investigaciones sobre movimientos piqueteros realizadas en Argentina.¹ Nos interesaba analizar cuáles habían sido los enfoques conceptuales y las estrategias metodológicas utilizados para dar cuenta de este fenómeno de movilización popular y en qué grado y nivel nos permitían, cada una de esas investigaciones, conocer y comprender un proceso de acción colectiva que presentaba complejas aristas. Además, pretendíamos sacar conclusiones sobre los conceptos y métodos utilizados en dichos estudios que fueron configurando, desde nuestro punto de vista, una doble matriz de investigación influida, respectivamente, por la sociología y la etnografía política. Allí postulamos la existencia de dos enfoques que, centrados en el mismo proceso, respondían a requerimientos políticos y disciplinares diferentes, pero que puestos a dialogar y discutir, permitirían robustecer la producción del conocimiento en torno a los movimientos sociales en Argentina.

Basados en aquella exploración, en el presente artículo nos proponemos reactualizar el estado del arte de estos estudios con el objetivo de indagar si aquella afirmación originaria acerca de una doble matriz de análisis permanece vigente luego de varios años de investigación sobre la movilización popular en Argentina, y en segunda instancia, construir un boceto de los nuevos desafíos conceptuales y metodológicos que plantea la modificación del escenario de la movilización política en la Argentina actual a la investigación social.

Con ese doble objetivo vamos realizar el siguiente recorrido: en primer lugar, mostraremos el modo en que las organizaciones piqueteras se constituyeron como objeto de estudio y cómo esos abordajes trajeron aparejada la cuestión de la identidad colectiva; en segundo lugar, nos situaremos en la crítica que algunas etnografías realizaron a aquellos estudios, desplazando la mirada de la unidad del actor colectivo a la multiplicidad de las tramas sociales; en tercer lugar, dentro de este último núcleo de trabajos, pondremos de relieve el pasaje de la preocupación por comprender la participación de quienes se involucraron en las organizaciones a la explicación de la construcción histórica de la demanda colectiva que motorizó la movilización; en último y cuarto lugar, haremos un boceto de los elementos que comienzan a incorporarse en el estudio de la etapa política abierta en Argentina a partir del 2003, con la emergencia del kirchnerismo y sus implicancias en los procesos de movilización social y política de las clases populares.

Las organizaciones piqueteras como objeto de estudio.

La presencia pública de las organizaciones populares del Gran Buenos Aires a partir de su adopción de la “forma piquete”² para realizar manifestaciones masivas en el espacio público y forzar situaciones de negociación con algunos funcionarios de gobierno suscitó la atención de las ciencias sociales, multiplicando los estudios que las tuvieron por objeto. Si bien diversas miradas se han utilizado para su investigación, a los fines de explicitar una hipótesis de lectura ya en D’Amico y Pinedo (2009) distinguimos la presencia de dos enfoques centrales que tendieron a ubicarse en posiciones controvertidas. Por un lado, las perspectivas que privilegiaron el análisis de las organizaciones como actor colectivo. Por otro lado, las miradas que dejaron de contem-

¹ El artículo que referimos es: D’Amico y Pinedo (2009), “Debates y derivas en las investigaciones sobre “piqueteros”. Una bitácora de lectura”, en Revista Sociohistórica/Cuadernos del CISH n° 25, Primer Semestre de 2009, páginas 155 a 180. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4435/pr.4435.pdf

² Virginia Manzano (2007a) construye este concepto tomando como modelo la categoría de “*forma acampamento*” acuñada por Lygia Sigaud (2005). Aclaramos que hemos entrecomillado y puesto en itálicas las expresiones nativas que adquieren rango de categorías, y usado el entrecomillado simple para los conceptos de los autores.

plar al actor colectivo para dar cuenta de la trama de relaciones sociales que se imbricaban en las organizaciones pero que las trascendían.

*Entre la ruta y el barrio*³ es el estudio que organizó en torno de sí una serie de debates acerca de las organizaciones de desocupados. Recordemos que esta investigación adoptó como punto de partida de su exploración un “espacio piquetero” (2003: 152) constituido por el conjunto de las organizaciones así denominadas, a las que clasificaba a partir cuatro ejes: las vertientes de origen, los rasgos comunes, los alineamientos ideológicos y las potencialidades, debilidades y desafíos como actor colectivo. Las entrevistas a los líderes y los documentos producidos por las organizaciones fueron el material privilegiado mediante el cual se exploraban el discurso político y las prácticas organizacionales de cada uno de los movimientos. Partiendo de esas observaciones los autores señalaron la presencia de una matriz común que permitía definirlos como un actor colectivo, un “movimiento de movimientos”: el piquete como repertorio de acción colectiva, la dinámica asamblearia, el horizonte insurreccional y el modelo de intervención territorial vinculada a la demanda de planes sociales y su gestión local. Aunque poniendo de relieve la carencia de un estudio más detallado de las relaciones entre los activistas y las bases sociales, forjaron una distinción entre el primer círculo de militantes y su amplia periferia, refiriéndose con esto último al heterogéneo universo de personas movilizadas que cobraban un plan a través de las asociaciones civiles de los movimientos y realizaban su contraprestación⁴ diaria en alguna sede de éstas. Tomando la organización como unidad mínima de agregación, pero fundamentalmente centrados en quienes ocupaban posiciones dirigenciales, Pereyra y Svampa reconstruyeron en el plano analítico un actor colectivo que brindaba una unidad sociológica a la variedad de adscripciones ideológicas, organizacionales y territoriales, aunque tensionado por la fragmentación que se derivaba de las diferentes disputas y competencias entre dirigentes y grupos militantes.

Gabriela Delamata (2004) también optó por la perspectiva del actor colectivo concentrándose en el proyecto político de los militantes. Con su investigación mostraba un cambio de escala de las relaciones sociales y la manera en que dirigentes y referentes territoriales habían introducido nuevos significados de la política sintetizada en la noción de “desborde de los barrios.” Para ese estudio la autora recorrió el espinel denominacional de las organizaciones tratando de ampliar el conocimiento sobre los diversos proyectos sociopolíticos de los grupos de activistas que las promovieron. Analizando la variedad de objetivos de cada uno de los agregados militantes, Delamata marcó la existencia de un actor socio-político que había inscripto en el espacio público nacional la problemática de la desocupación y el hambre, identificando a sus responsables e induciendo una nueva politización de la cuestión social, antagónica a la hegemonía peronista en los sectores populares urbanos.

Pablo Vommaro (2003) y Karina Bidaseca (2004) utilizaron implícitamente este enfoque centrado en el actor colectivo, al orientar su análisis a la construcción de la subjetividad y la identidad, delimitando como objeto de estudio una organización en particular: el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) de Solano. Bidaseca analizó la doble condición que experimentaban los miembros del movimiento como participantes de la organización y beneficiarios de planes sociales, situación que había implicado establecer un vínculo con un actor externo: el Estado. En cambio, Vommaro investigó cómo se producía subjetividad en este movimiento. Ambos trabajos se caracterizaron por poner de relieve las autodefiniciones identitarias del movimiento centrándose en sus criterios políticos de pertenencia. Así, estos estudios perdieron de vista que el proyecto político podría estar invisibilizando, en su pretensión de homogeneización identitaria, las múltiples prácticas que, sin figurar en su ideario político contribuían a tornarlo posible.

³ Sebastián Pereyra y Maristella Svampa op. cit.

⁴ Los beneficiarios de planes de empleo están obligados por requerimientos formales a realizar una tarea de tipo social o comunitaria de cuatro horas diarias de duración a cambio del cobro. A lo largo de su trayectoria histórica las organizaciones piqueteras fueron constituyéndose en espacios de contraprestación.

Si el enfoque centrado en las organizaciones fue fructífero a la hora de comprender el lugar de éstas - tomadas como actores- en las disputas por la orientación política de la sociedad argentina, tuvo como defecto (derivado de su virtud) dar excesiva centralidad a las voces de los referentes y dirigentes por sobre las de los otros miembros que constituían en sus prácticas cotidianas la vida de los movimientos. Teniendo en cuenta esta limitación, Quirós señaló que en una vasta literatura que podría rotularse como estudios de las nuevas formas de protesta social o nuevos movimientos sociales, “a través de una operación metonímica llevada a cabo por los propios investigadores, la perspectiva de los líderes y militantes es tomada como la perspectiva del movimiento, una entidad que deviene sujeto que piensa, concibe, dice, plantea, considera, acepta, rechaza y juzga” (2006c:2).

El problema de la “identidad piquetera”

La perspectiva centrada en el actor introdujo el problema de la identidad colectiva. Resulta ilustrativo que la existencia de una identidad piquetera fuera referida por Svampa y Pereyra en el capítulo cuatro dedicado a “Las dimensiones del actor colectivo”, poniendo de manifiesto la estrecha relación que se estableció entre pensar a las organizaciones como actor político y describirlas a partir de ciertos rasgos simbólicos comunes. Los autores consideraban que la heterogeneidad y la fragmentación estaban en el origen mismo del movimiento piquetero, y que la diversidad de trayectorias sociales, de saberes y competencias culturales que transitaba esa experiencia había cumplido un rol ambivalente en el proceso de formación del actor colectivo. Sin embargo, sostuvieron que en una dimensión más analítica “las luchas han permitido cristalizar un espacio común en el cual se inscriben determinados marcos prácticos y simbólicos de la acción que recorre a gran parte de las organizaciones piqueteras (...) configurado históricamente alrededor del surgimiento de una identidad- la piquetera- asociada a una cierta estabilización de las narraciones sobre la lucha” (2003: 152).

Si la referencia a la heterogeneidad y ambivalencia matizó los riesgos de sustancialización, no obstante los autores postularon la presencia de un relato identitario común significado por la experiencia de “estar en la ruta”, el acceso a la participación política en el seno de las asambleas barriales, la referencia a la “pueblada” como horizonte insurreccional y la demanda de asistencia pública que visibilizaba la responsabilidad del Estado frente al sufrimiento social.

Otros autores, en cambio, pretendieron confirmar la existencia de una “identidad piquetera” de rasgos más homogéneos⁵. Así, Paula Lenguita sostuvo que dicha identidad conformó un “elemento integrador y constitutivo de una identidad popular reciente” (Lenguita 2002: 63). En *Los desafíos teóricos de la identidad piquetera* (2001) afirmaba que esas identidades colectivas habían estado íntimamente ligadas a la falta de trabajo y que la existencia de un sujeto de protesta y un proyecto piquetero implicaba “una trayectoria consensuada y revitalizada del conjunto de sus miembros bajo la figura de la identidad [piquetera] de sí que han construido” (2001: 7) y reivindicaba la existencia de “identidades que demandan”. Así, se habría constituido un “nosotros” que superaba una lógica individualista en la que estarían inmersos los sujetos como desocupados.

En continuidad con esta perspectiva centrada en el momento público de la acción, vinculada a la protesta y sus escenarios, se han realizado formulaciones más prudentes del mismo problema. Partiendo de la pregunta “¿quiénes son piqueteros?”, Astor Massetti (2004) se propuso dar cuenta de la constitución colectiva y política de identidades sociales en el transcurso de la protesta. El autor sugería dos momentos fundacionales del movimiento piquetero que establecieron una relación de continuidad, el “momento mítico” de los cortes de ruta de 1996-97 en el interior del país y el “momento organizativo” dado por la concentración de la movilización en el conurbano bonaerense hacia 2001. Crítico frente a las perspectivas que asociaron linealmente la identidad piquetera con el método de protesta (el corte de ruta) -señalando el pasaje de “cortar la ruta” a

⁵ Algunos de estos trabajos deducen sus preocupaciones a partir de las formulaciones teóricas de Melucci (1994).

“transitar la ciudad”-, Massetti habla de un principio de identidad fundante, constituido por tres grandes componentes simbólicos: orientación a la lucha, noción heterogénea de “Desocupado” e idea de “lo territorial” (2004: 81). Sin embargo, su idea de “piqueterización” de la pobreza como una forma de politización tiene el problema de sustantivar estos rasgos como totalizadores del fenómeno y no escapa a una ontologización de la identidad. Massetti toma como centro del análisis “las enunciaciones de actores políticos” (2004:3), definiendo al “actor piquetero” y su proyecto identitario (construido en relación al gobierno, los medios y la opinión pública). Podríamos preguntarnos si la selección de esas voces no traduce metodológicamente la capacidad (diferenciada) de los dirigentes de hacerse oír en la esfera pública. Asimismo, el recorte de la investigación a una marcha⁶ acota las dinámicas de subjetivación al momento público de “la protesta”, dejando a un lado otras instancias de participación política.

Podemos tomar las palabras de Ferraudi Curto para sostener este contrapunto, ya que si bien los estudios como el de Massetti y Lenguita tendían a la positividad de un punto de llegada al mostrar el potencial político y social del movimiento, “la descripción del punto de partida reduce a los participantes a una forma básicamente negativa en tanto desocupados, caracterizados por su limitada integración social y su debilidad política (...) [y] desdibuja la complejidad de las experiencias, fundiéndolas en los imperativos de la condición social, produciendo una homogeneidad de la que es necesario dudar” (2007: 66). Además, se observa cierta tendencia a trocar la dimensión disruptiva de los piquetes en la afirmación de la existencia de una subjetividad contra-hegemónica.⁷

Esto no implica, sin embargo, desestimar los esfuerzos teóricos y metodológicos de quienes abordaron el problema de la identidad. Si una actitud teórica que sustancie rasgos y los etiquete como “identidad piquetera” puede resultar un obstáculo para la comprensión, otros trabajos dirigieron su mirada a la relación entre el momento público de la identidad y los procesos sociales de la vida cotidiana que habían afrontado los sectores subalternos bajo el signo del neoliberalismo.

Martín Retamozo (2006) estudió el movimiento de trabajadores desocupados en Argentina (ya no “piquetero”) a partir de la relación entre la subjetividad colectiva y las formas de acción de disputa por el orden social. El autor realizaba una doble crítica a los estudios sobre los piqueteros. Por un lado, cuestionaba aquellos trabajos que habían olvidado la historicidad de la subjetividad e invocaban una explicación lineal entre modificaciones de las condiciones estructurales del orden social y la emergencia de la protesta, “por no problematizar las formas históricas de construcción de la subjetividad, las continuidades y rupturas, la articulación de lo nuevo con lo viejo” (2006: 18). Por otro, marcaba que la ausencia de una definición precisa del concepto de subjetividad había llevado a describir al movimiento como un todo tomando como fuente las voces de los referentes de algunas organizaciones dejando de lado a las bases sociales que los componían. Para este autor, la comprensión de la participación política de los sujetos sociales debía situarse en la articulación entre las acciones disruptivas en el espacio público y las actividades de matriz comunitaria, inscriptas en el quehacer del espacio organizacional (la toma de decisión vinculante, el trabajo gestionado por los desocupados). De esta manera, evitaba reducir los elementos que la identidad articula a un solo ámbito de participación. Partiendo de allí, delimitó la existencia de un sujeto social, el movimiento de trabajadores desocupados, que indagó como condensador de historicidad a partir de un conjunto de elementos que se articulan para la emergencia de una configuración subjetiva. Configuración marcada por los sentidos que adoptaba el trabajo y el Estado en las condiciones de sociabilidad modificadas por el neoliberalismo que había resignificado la demanda de trabajo en los sectores populares. Demanda que luego se articuló en formas de acción colectiva.

⁶ Analiza una marcha de la Corriente Clasista y Combativa, realizada en Capital Federal el 17/03/2003.

⁷ Respecto a la relevancia y funcionalidad de la cultura de los sectores populares que no sólo es resistencial, Míguez y Semán (2006) plantean que las elecciones (en el grado en que puedan darse) “...tienen valor político porque no se acomodan al deber ser, pero no surgen de un proyecto de contestación aunque lo ejerzan” (2006:15).

En síntesis, si bien no todos los trabajos se propusieron encontrar esa “unidad última” que habría permitido hablar de un actor unificado, entendemos que las maneras de entrar en este problema pueden abrirse a nuevos hallazgos, en la medida en que el contenido que da cuenta de la categoría “identidad” sea un interrogante y no un supuesto.

De la unidad del actor colectivo a la pluralidad de las tramas sociales.

Denis Merklen (2005) siguió otro camino para abordar el desafío teórico que representaban los piquetes. Eludiendo la problemática cuestión de la identidad, eligió inscribir el piquete en el marco de lógicas de acción de las clases populares condicionadas por el modo de inscripción social de estos sectores en el contexto de la crisis de la sociedad asalariada. Si bien tomó en cuenta el nivel de los actores colectivos, lo hizo luego de haber explorado un momento más abstracto de agregación, relacionado con las dificultades de integración social de las clases populares en la estructura actual de la sociedad argentina. Según el autor, la nota más destacable de la condición social de las clases populares es, retomando a Castel⁸, su creciente desafiliación del mundo laboral formal. Este proceso estructural, que comenzó a perfilarse a mediados de la década del 70, supuso para una parte importante de las familias e individuos de clases populares un distanciamiento cada vez mayor del entramado institucional (fundamentalmente la miríada de bienes y servicios sociales gestionados por medio del canal estatal-sindical) que aseguraba a los trabajadores el acceso a los derechos sociales. Como contrapartida, Merklen señaló que numerosos contingentes sociales encontraron refugio en el barrio, inscribiendo sus relaciones en el nivel territorial. Fue esa base territorial, que suponía una nueva relación con lo político y con lo estatal, la que estableció los límites y las posibilidades de los actores colectivos que se movilizaban para obtener los medios que les permitían afrontar la urgencia de la subsistencia y en todo caso reclamar mayores niveles de integración social para los grupos afectados por la crisis social. Las clases populares urbanas encontraron en el “piquete” una herramienta de presión dentro de un repertorio de lucha compuesto de acciones directas como los asentamientos, los saqueos y los estallidos sociales. Este tipo de argumentación lograba evitar la cancelación del análisis en el nivel puramente organizacional y reconstruir la existencia de un actor colectivo partiendo de una perspectiva estructural. De esta manera, la propuesta de Merklen trazó una mirada amplia sobre las organizaciones populares y los piquetes como parte de entramados políticos socio-territoriales más complejos.

Desde la antropología social, Grimson y otros (2003 y 2004) apuntaron sus críticas a los enfoques centrados en las organizaciones como exclusivo nivel de agregación, argumentando que ese tipo de análisis perdía de vista que las organizaciones piqueteras, y sus acciones, se definían en el marco de una trama organizacional local que las incluía estableciendo límites y posibilidades a su viabilidad. A partir de estudios transversales, que abarcaban el conjunto de fenómenos organizativos que confluían en una misma área de residencia, compararon diversos contextos organizacionales locales en un mismo período de tiempo, para entender por qué si bien la desocupación y la precariedad se generaliza en los sectores populares a partir de la crisis del “Tequila” en 1995, y la presencia de las políticas de subsidios transitorios se extiende de modo creciente a partir del año 2000, la creación de organizaciones de desocupados fue un episodio puntual en algunos barrios y distritos del Gran Buenos Aires. Abonando la perspectiva inaugurada por Merklen, concluyeron que las tramas organizacionales locales afectaban las posibilidades de emergencia de las organizaciones piqueteras.

Otros estudios etnográficos (Quirós 2006a, Ferraudi Curto 2006, Manzano 2007a, Grimberg 2009) pusieron en cuestión los enfoques centrados en las organizaciones y los líderes, considerando que este tipo de abordaje inducía una posición teórica puramente especulativa sobre la existencia de actores e identidades colectivas unitarias. Estas etnografías desplazaron la mirada desde el actor colectivo a las tramas sociales, de

⁸ Castel Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.

tivas unitarias. Estas etnografías desplazaron la mirada desde el actor colectivo a las tramas sociales, de la identidad colectiva a las diversas lógicas de sentido que se articulaban en el andar cotidiano de las personas que habían hecho posible la existencia de las organizaciones populares y sus acciones de lucha. También, operaron un corrimiento sobre lo que se indagaba en el marco de dichas organizaciones, prestando atención tanto al discurso “oficial” encarnado por sus dirigentes y referentes, como a lo que hacían y conversaban diariamente las personas que, sin serlo, participan de ellas, contribuyendo con su hacer y decir a darle vida.

Esta modificación de perspectiva se complementó con un cambio de metodología basado en la investigación etnográfica. El desplazamiento procedió un cambio en los agregados, ya que la unidad de observación y análisis que se adoptó fueron los entramados y los procesos micro-sociales, estableciendo niveles de análisis más concretos y pormenorizados. Las modificaciones metodológicas implicaban a su vez un cambio en el enfoque epistemológico de abordaje, en cuanto al nivel de “lo social” donde se situaban. Se trataba de investigaciones intensivas en una única zona territorial contenedora de una tupida red de relaciones sociales de proximidad, dirigidas a la exploración en terreno de las relaciones entre distintos grupos sociales, a la comparación entre dos organizaciones que compartían un espacio cercano, o a las relaciones entre grupos de socialización primaria (familiares) y las redes socio políticas locales. En general, esos trabajos insertaron sus análisis en una exploración del marco social más próximo en torno al cual se densificaban los circuitos de sociabilidad que superaban la pura estructura organizacional, mostrando la porosidad de los intercambios socio políticos en un contexto específico.

De estos estudios pueden extraerse una serie de corolarios. En primer lugar, al poner el acento en los entramados sociales, la política fue entendida a partir de lo que los propios sujetos definían como categorías de sus prácticas habituales sin quedar circunscriptas en una esfera funcional predefinida, siguiendo en este punto la propuesta de investigación del núcleo de antropología de la política de la universidad de Río de Janeiro⁹. En segundo lugar, sostuvieron que más que un actor colectivo con una identidad unitaria, los movimientos sociales populares conforman una trama de interacciones recíprocas, donde se establecen pautas, deudas y compromisos, que conducen a las personas a actuar mancomunadamente en situaciones específicas. En tercer lugar, señalaron la omnipresencia de las políticas sociales en el centro de las relaciones entre los integrantes de los movimientos, particularmente, la centralidad de los planes sociales y su lógica de gestión en la vida y las relaciones cotidianas que entablaban las personas en esos marcos asociativos, e indagaron las complejas relaciones entre esas tramas asociativas, los agentes oficiales y los flujos estatales, probando la existencia de lábiles fronteras entre lo que se define como político, social y familiar, y entre lo que se entiende por antagonismo y negociación.

En el interior de esta perspectiva, Virginia Manzano (2004, 2006, 2007 a y b) destacó el papel de los referentes y/o dirigentes que, servidos de las técnicas del trabajo social, crearon la demanda colectiva de “trabajo con planes” entre los vecinos empobrecidos y la dirigieron hacia el Estado, impulsando espacios de manifestación pública y negociación de esas demandas sobre la base de prácticas aprendidas a lo largo del tiempo en otras experiencias de militancia y organización popular, vinculados estrechamente a la realización de procedimientos formales e informales para obtener de las agencias estatales y sus funcionarios distintos bienes públicos. Asimismo, Manzano siguió la trayectoria histórica de la construcción de la demanda colectiva de planes de empleo, donde también intervinieron las regulaciones y clasificaciones estatales que fueron definiendo la cuestión social como pobreza por desocupación. De esto concluye que fue el entretendido de una trama sociopolítica de la desocupación en la cual se legitimó la “toma y ocupación de ruta” para reclamar al estado lo que antecedió a la formación de los actores.

Estas investigaciones revelaron que la pertenencia a las organizaciones no estaba “cerrada” para muchos de sus participantes, ya que éstos podían multiplicarla en otras instituciones dentro y fuera del barrio. En la etno-

⁹ Núcleo de Antropología da política (1998).

grafía de Quirós (2006 a y b) sobre dos familias de Florencio Varela que establecen relaciones con los “piqueteros”, se muestra que la adquisición de un plan y el compromiso de participar en la protesta se juega en el seno de relaciones familiares, puesto de manifiesto por los reemplazos, las alternancias y los préstamos de nombre y documento. Al mismo tiempo, se observa que una familia puede tener miembros que estén integrados a organizaciones distintas y hasta oficialmente antagónicas, y cómo “los planes sociales” son recursos que combinados con otros contribuyen a la economía familiar. Quirós mostró que muchas personas del barrio se refieren a su participación en las organizaciones piqueteras a través de la frase “*estar con los piqueteros*” antes que “*ser piqueteros*”. Este significado presente en el lenguaje nativo ponía de manifiesto, según la autora, la poca propiedad de hablar de una identidad piquetera, inclinándose por señalar identificaciones parciales y situacionales de las personas que hacían otras cosas además de participar en piquetes. El ingreso de una persona en una organización más que suponer la adquisición de una identidad política determinada, suponía la incorporación a un sistema de relaciones y obligaciones recíprocas entre las cuales “*marchar para obtener un plan*” consistía en un requerimiento compartido entre dirigentes y aspirantes a planes sociales a partir del cual se evaluaba el derecho al acceso, las diferentes jerarquías que se ocupaban y los distintos compromisos que llevaban adelante las personas en el seno de la organización.

Por su parte, Ferraudi Curto (2006) en un estudio sobre el Movimiento Teresa Rodríguez de Florencio Varela presentó cómo en algunas organizaciones la gestión de planes sociales puede ser percibida como problemática para los dirigentes que separan lo político de lo reivindicativo y por eso mismo negada “oficialmente” la presencia “oficiosa” de la gestión.¹⁰ Tal demostración resultó particularmente importante para la base epistemológica de los estudios sobre sectores populares, ya que algunos investigadores no demasiado atentos podrían producir una especie de ocultación inconsciente de la agencia práctica que muchos participantes, entre ellos muchas mujeres, producían cotidianamente al involucrarse en la gestión colectiva de las tareas de alimentación y distribución de mercadería. Asimismo, también produjo mucha evidencia sobre cómo la participación en la acción colectiva era afrontada como un esfuerzo que se distribuía entre diferentes miembros de la familia nuclear o extensa, como parte del trabajo de reproducción de las economías domésticas, intercambiándose en dicho proceso justificaciones basadas en la moralidad, el gusto y el honor para evaluar el momento en que “*se va de piqueteros*” (Ferraudi Curto, 2007).

Estas etnografías han introducido un nivel de análisis que se pierde en los estudios sociológicos que adoptan como unidad mínima de agregación el actor colectivo, y tienden a extrapolar el discurso de los referentes como descripción *tout court* del movimiento. Introducir el estudio de las tramas asociativas y las prácticas cotidianas, así como la historicidad de la política local, como hacen algunas de estas investigaciones, resulta de suma importancia para reconstruir en el plano de la descripción sociológica el espacio de las prácticas sociales generadoras de organización y acción colectiva en condiciones de pobreza, precariedad, subocupación y desocupación, sin mistificar en “personajes” a los movimientos sociales.

Estas investigaciones han permitido, a su vez, demoler dos supuestos persistentes a la hora de hablar de “piqueteros”. Uno de ellos es la idea de que fue un vacío estatal lo que abrió el lugar a la movilización. Lo cierto es que la presencia palmaria de los recursos asignados por el Estado a través de las políticas sociales, modificó a su vez, la presencia de lo estatal en los barrios del gran Buenos Aires, poniendo de relieve no solamente la oposición entre las organizaciones de la protesta y el Estado, sino además, su interdependencia, que incluye, pero de modo subordinado, las relaciones de oposición. El segundo supuesto, es la idea de que la existencia de una identidad colectiva bien delimitada facilita el antagonismo social y/o político. La radicalidad que alcanzaron ciertas protestas piqueteras hizo suponer que estas organizaciones no escapaban a esta regla teórica. Ciertamente, en un desarrollo ulterior de las controversias entre los investigadores, se ha criticado a los enfoques etnográficos y micro-sociológicos de diluir la pregunta acerca del vínculo entre sujetos políticos y orden político, y con ello reducir la importancia político-organizacional de la experiencia piquetera

¹⁰ Para la distinción y la relación entre lo oficial y lo oficioso en las prácticas políticas cotidianas ver Briquet (1997).

(Svampa, 2008: 9-10). Sin embargo, aquellos que han desarrollado este enfoque, sostienen que para comprender la totalidad social en la que se desenvuelven las organizaciones piqueteras es necesario incorporar en el análisis el momento de la protesta en relación a la vida cotidiana de las clases populares que la protagonizan (Grimson, 2003)¹¹. Por otra parte, estos autores afirman la potencialidad del enfoque etnográfico para actualizar los debates acerca de la hegemonía, ya que éste permite reconstruir la experiencia de vida de las clases populares enmarcadas en el contexto de dominación neoliberal, dando cuenta de sus prácticas de resistencia, concesión y negociación, aun cuando éstas no se traduzcan automáticamente en un programa político emancipador (Grimberg, 2009).

Así, este modo de abordar la movilización social nos devuelve una imagen en donde las acciones se encadenan en procesos interactivos sin postular una unidad de sentido englobante y totalizadora, sino procesual, conflictiva, donde los lenguajes utilizados para significar las relaciones se nutren no sólo de los términos legítimos de la política, sino de otros lenguajes (el de las aspiraciones personales y familiares, el de los gustos y los prestigios individuales y grupales, etc.) en ocasiones velados por la luz enceguecedora de las grandes discusiones teóricas excesivamente auto-centradas en el eje dominación/emancipación o ciudadanía/clientelismo, de donde suelen derivarse otras dicotomías como las de clientelismo versus protesta, vieja política versus nueva política, piqueteros versus punteros, etc.

Esto se vincula asimismo, con que el cambio de enfoque conlleva nuevos aportes en el debate acerca de las reconfiguraciones identitarias de los sectores populares en las últimas décadas. Si las perspectivas que privilegiaron al actor y el proyecto político para pensar la identidad de los desocupados permitieron discutir con miradas espasmódicas de la realidad que reducían la protesta a una mera reacción ante las modificaciones estructurales llevadas a cabo en nuestro país, muchos de ellos terminaron por virar al otro extremo: una recaída en el populismo¹² que exalta un carácter contra-hegemónico necesario de los sectores populares.

De la comprensión de la participación a la construcción histórica de la demanda

Sin embargo, los enfoques “de tramas” también deben lidiar con el riesgo de reducir la complejidad de los sujetos sociales. Como afirma León Vega (2000) los abordajes de la vida cotidiana muchas veces niegan la potencialidad de los sujetos que estudian, porque el “Sujeto Cotidiano” es sentenciado a permanecer en su conocimiento inmediato, vivencial, pragmático, distanciado de los requerimientos de la acción social.

El problema de la oclusión del tiempo histórico en el análisis de las relaciones sociales no es una preocupación nueva. Hace muchos años E. P. Thompson realizaba su elogio de la antropología e intentaba buscar un plano de convergencia entre ésta y la historia social que en el seno del marxismo británico encontró a sus figuras más luminosas. Pero a su vez, el historiador inglés nos advertía que una perspectiva que fuera fiel al desenvolvimiento conflictivo y contingente de la historia, debía estar atenta al sesgo que podía derivarse de una antropología que privilegiara los análisis funcionales sin tener en cuenta la diacronía histórica de cada formación social. Para no perder de vista la temporalidad intrínseca de las estructuras y los agentes sociales, era necesario relacionar el análisis funcional con el análisis propiamente histórico. De no ocurrir esto último

¹¹ Como afirma Grimson: “(...) considerar la cotidianeidad implica reintroducir una pretensión de captar la totalidad de la vida social comprendiendo, entonces sí, el lugar específico de la protesta en un marco más amplio” (2003: 12).

¹² Referimos a la tensión miserabilismo/populismo planteada por Grignon y Passeron (1989).

podríamos recaer en un tipo de funcionalismo abstracto que entendiera a las formaciones sociales como sistemas encerrados en un eterno presente¹³.

Consideramos que estos dos momentos del análisis han sido conjugados de manera muy diferente en el núcleo de trabajos que hemos recuperado dentro de la vertiente etnográfica y esto ha dado como resultado diferentes límites a la hora de dar cuenta de la historicidad de las tramas sociales. Desde nuestro punto de vista, el trabajo de campo etnográfico si bien tiene las ventajas en las que ya hemos abundado, encuentra como límite la temporalidad de su propio presente. Haciéndonos eco de la reflexión epistemológica en el campo de la antropología social, podríamos denominar ésta situación como el “problema del presente etnográfico”. Éste tiene como ventaja la posibilidad de intensificar la comprensión de la complejidad de los hilos sociales que conforman una configuración social específica, por ejemplo una trama social local y como ésta se enlaza e imbrica en organizaciones, espacios e instituciones, derivando en diferentes posiciones de sujeto y categorías de la práctica, pero su desventaja radica en que la historicidad y el cambio de la trama social queda velada si se toma como los únicos relevantes a los datos construidos mediante la observación directa y el punto de vista del nativo.

El trabajo de Quirós resulta ilustrativo de esta limitación, ya que para la autora la historicidad de su texto etnográfico comienza en el encuentro con sus informantes. Por cierto, como ya ha sido mencionado, *Cruzando la Sarmiento...* se construye sobre una descripción lo suficientemente densa como para dar cuenta de que los motivos de quienes participan en una organización de piqueteros no se reducen a cuestiones materiales y/o ideológicas, ni se comprende únicamente por la vida organizacional o la identificación política que se puede asumir al participar en dichas organizaciones. A través de su etnografía observamos con detalle cómo la participación se relaciona con otros momentos de la vida cotidiana, donde operan con fuerza las búsquedas de acceso a los beneficios que distribuyen las políticas sociales, las relaciones interpersonales, los deseos de mejorar la vida familiar, y un conjunto de puntos de vista plurales a partir de los cuales las personas entran en el juego de obligaciones recíprocas que dan forma a un movimiento de piqueteros. Pero en ningún momento se pregunta cómo fue posible que el Estado adoptara tal presencia en esa forma social y qué condujo a las personas a operar de tal o cual manera en ese marco. Podemos presumir que eso ocurrió antes de que la antropóloga llegara al campo, pero como no lo problematiza ni ensaya alguna hipótesis que permita darle espesor histórico a su trabajo, termina constatando “una presencia” y ubicando al Estado y a las políticas sociales en un presente atemporal en el cual las personas, por mero efecto de su precariedad, pobreza o inestabilidad laboral, parecen depender crecientemente de los bienes distribuidos por las políticas sociales. Así, deja a sus lectores en el impreciso terreno de la presunción y a sus interlocutores en el escueto plano de la agencia individual y solipsista.

Este límite se observa con más detalle, si se la compara con la etnografía de Manzano (2007 a y b), donde sí se dedica un tramo del trabajo a comprender las tramas sociales no únicamente a través de sus funcionamientos, sino también de su historicidad. Manzano recurre al concepto de “campo de fuerzas” utilizado por Thompson para analizar las formaciones históricas del siglo XVIII en Inglaterra e intenta comprender cómo algunos actores sociales de La Matanza promovieron una serie de acciones que derivarían en presiones sobre el Estado y el sistema político que, en un momento ulterior, instituyeron un tipo específico de configuración denominado por la autora como “escenario de disputa” en torno a la demanda de trabajo. Para Manzano ese escenario fue construido históricamente por procesos que desde la década de los ochenta hicieron de la política de distribución de alimentos uno de los canales principales de interacción entre el Estado y los sectores sociales más pobres, al que luego, hacia mediados de los noventa, se incorporó la demanda de trabajo. La reconstrucción de ese campo de fuerzas sociales, que las relaciones de consentimiento y resistencia entre actores subalternos y el Estado fue configurando, Manzano la realiza recurriendo a la retrospectiva histórica,

¹³ Ver de E. P. Thompson (2000), sobre todo los artículos “Agenda para una historia radical” e “Historia y antropología”, también la reflexión dedicada a la antropología simbólica funcionalista en “¿Lucha de clases sin clases?”, publicado en E. P. Thompson (1984).

el análisis de documentos y la historia oral, ya que sería imposible hacerlo de modo completo apelando únicamente a la observación participante de donde procede el célebre eslogan antropológico “yo estuve ahí”. Esto le permite señalar que la demanda de “trabajo con planes” fue construida por referentes y dirigentes que fueron aprehendiendo prácticas de disputa y negociación con los funcionarios del Estado en un período de tiempo relativamente prolongado, al mismo tiempo que ver cómo los propios funcionarios municipales contribuyeron en determinado momento a dirigir esa demanda hacia el Estado Provincial y Nacional.

El cambio de escenario: la reedición de la pregunta por la identidad y el desplazamiento del enfoque etnográfico hacia el interior del aparato burocrático-estatal

Si tomamos en cuenta los vínculos entre el gobierno, el Estado y las organizaciones populares y, dejamos entre paréntesis el debate en torno a los grados de superación del orden neoliberal y el carácter transformador o no de los gobiernos kirchneristas, existe bastante evidencia para considerar que desde 2003 en adelante esos vínculos ingresaron en un período de cambio. A la luz de nuestra reflexión resurge, en una inflexión histórica distinta, el doble interrogante que guía este trabajo: ¿qué orientaciones adquiere la movilización popular bajo la égida de este cambio en las articulaciones del proceso político y de qué modo interpelan éstas nuevas dinámicas la capacidad explicativa de las matrices analíticas constituidas en la etapa antecedente?

Hasta aquí, los trabajos revisitados coinciden, más allá de sus fuertes diferencias en el abordaje, en poner el foco en las formas de organización colectiva, las tramas asociativas y las identidades políticas, considerándolas emergentes sociales de la profundización del modelo neoliberal y de sus efectos sobre la relación entre clases populares, Estado y acción colectiva. Aceptando la existencia de este cambio de escenario, la sociología política se orientó a seguir las huellas de la “identidad piquetera”, sus límites y su capacidad inclusiva y disruptiva a partir de la profundización de las tensiones entre las organizaciones sociales que se auto-adscribían en ella: ¿qué elementos serían centrales para su redefinición en el nuevo contexto y en qué sentido podría hablarse de su permanencia o cambio? Por otro lado, la convocatoria a formar parte de la coalición oficialista y la consecuente incorporación de cuadros dirigentes y militantes de las organizaciones piqueteras como funcionarios estatales de segundo y tercer nivel, generó un desplazamiento del interés de los trabajos etnográficos desde el barrio hacia el interior del aparato político y burocrático del Estado que podríamos sintetizar en la pregunta: ¿qué características estaba asumiendo la relación entre Estado y clases populares a partir de este proceso de incorporación político-estatal de grupos provenientes de las organizaciones piqueteras en la administración pública y la acción política institucional?

Debemos recordar que las organizaciones piqueteras no formaron parte de la coalición electoral que llevó a Néstor Kirchner a la presidencia, se sumaron más tarde al ser convocadas para formar parte de un espacio político que buscaba construir una legitimidad política de origen débil, debido al estrecho margen de sufragios conseguidos por la fórmula finalmente ganadora en las elecciones presidenciales del año 2003. ¿Qué factores simbólicos y materiales operaron en las posibilidades de incorporación de actores sociales que habían sido los máximos oponentes a los gobiernos anteriores y que habían sostenido buena parte de sus repertorios de acción en el plano de una aguda confrontación con aquellos?

Para Ana Natalucci y Germán Pérez (2012) la clave de bóveda debe buscarse en la relación entre movilización social y régimen político. Los movimientos sociales que comenzaron a constituir parte de un “espacio kirchnerista” encontraron una “oportunidad identitaria” que les permitía mantener sus contornos y ligarse en un horizonte político común que era interpretado según el tamiz de sus pertenencias ideológicas y trayectorias políticas. Las diferentes matrices ideológicas, que según Svampa y Pereyra (2003) habían dado origen al movimiento piquetero, se encontraban ahora en tensión ante la emergencia de una nueva identidad política que buscaba consolidar un espacio de poder y gobierno. Para estos autores la divergencia entre

grupos que habían formado parte de un mismo “movimiento de movimientos” pero que provenían de tradiciones disímiles se hizo explícita, emergiendo así una heterogeneidad que se volvió irreductible, catalizada por el cambio de relaciones de fuerza en el propio régimen político. Frente a ello la “identidad piquetera” debió ser redefinida, hasta el punto de interferirse con la dicotomía que comenzó a marcar el ritmo de la disputa política: el apoyo o el rechazo al nuevo gobierno. Mientras algunas organizaciones tomaron este momento como la ocasión de reforzar su denominación como organizaciones “auténticamente” piqueteras y con ello fortalecer su oposición al gobierno, otras iniciaron un proceso de reconocimiento como kirchneristas y en consecuencias como “oficialistas” (Natalucci, 2012: 41). La apertura a participar de la definición de políticas sociales, la recuperación de demandas históricas ligadas a los sectores populares, la convergencia de una representación corporativa junto a un lenguaje de derechos convirtieron al kirchnerismo en una oportunidad de reposicionamiento simbólico en el campo político que pudo ser o no aprovechada por los actores dependiendo de la gramática de producción de las tradiciones políticas, trayectorias y formas de acción que los habían forjado (Natalucci, 2012:29). Más allá del límite que tocó este intento de unificación identitaria, límite marcado, como explica Schuttenberg, por la imposibilidad de absorber la tradición peronista en ese espacio (2012: 136)-, y aun cuando la presión de esta interpelación dividió y fragmentó el espacio piquetero, lo cierto es que el nuevo nucleamiento constituyó el cierre de un ciclo, aquel de las resistencias a las reformas de ajuste estructural neoliberales, para abrir un período de articulación de las organizaciones territoriales con la intervención político-institucional (Natalucci y Pérez, 2012 10).

En cuanto al tratamiento de las identidades políticas se produjo un movimiento de vaivén, éstas comenzaron a ser pensadas nuevamente en clave de entes ideológicos homogéneos que los movimientos sociales encarnaban o a la que al menos adscribían. La identidad piquetera entendida como resistencia debatía ahora los sentidos de su permanencia con la emergencia de un proyecto político con vocación de gobernar un país en aguda crisis. Y el “piqueterismo” parecía consumirse entre los actores que buscaban sostener un identidad que los pusiera a distancia de un proyecto político que reivindicaba el fortalecimiento de una identidad popular desde el Estado.

Los trabajos que analizaron a los movimientos para dar cuenta de esta disputa volvieron a instalar en el centro del debate la pregunta por la identidad colectiva, y para ello, nuevamente otorgaron un papel determinante a las organizaciones sociales y sus referentes como voces legitimadas para definir la pertenencia o no a una identidad política específica y el correspondiente enmarcado ideológico de la acción política. Retomaron el mismo supuesto de aquellas que habían abordado el surgimiento del “fenómeno piquetero”: la voz de los dirigentes podía condensar las tensiones y complejidades que dominaban el proceso. No obstante, la categoría de lo “piquetero” llevaba ahora a problematizar un sentido construido a lo largo de la década del noventa y hasta entonces implícito en ella: su asumido carácter contra-hegemónico.

Este debate teñiría el espectro de la sociología y teoría política argentinas: las identidades comenzaron a ser pensadas desde las nociones de “campo popular” y “pueblo”, recurriendo a los andamiajes teóricos y metodológicos de los estudios sobre populismo, con fuerte apoyatura en los conceptos de Ernesto Laclau. Un balance preliminar de las consecuencias de dicha expansión nos obliga a mencionar, como características salientes, la centralidad que adquirió el análisis de discurso como estrategia metodológica, la reintroducción de la noción de hegemonía como categoría conceptual explicativa del proceso político y el recorte de las identidades a partir de la noción de antagonismo. La incorporación de las organizaciones dentro de la estrategia gubernamental desplazó del lugar de antagonista al “Estado” ocupando su lugar otras categorías como la de “anti-pueblo” u “oligarquía”, delineando los nuevos contornos de las identidades políticas. Otros autores, sin embargo, consideraron la integración de las organizaciones piqueteras como una integración subordinada, que una vez consumada, deslizó el eje de los conflictos y la movilización social a otros actores antagonistas como las organizaciones indígenas y los movimientos ambientalistas (Svampa, 2011).

Diversos trabajos siguieron la línea de comprender al kirchnerismo como populismo. Martín Retamozo y Antonia Muñoz (2012) lo consideran una estrategia de construcción de hegemonía que vincula al Estado y la

sociedad civil mediante la institucionalización de demandas de múltiples sectores sociales, con especial atención a las clases populares, bajo la forma de derechos. En el mismo eje, a partir del análisis comparativo entre populismos, diversos autores pusieron énfasis en reconfiguración de las identidades políticas populares en un contexto de división dual del campo social (Barros, 2005; Aboy Carlés, 2005).

Sin embargo, ni la proliferación de este modo de analizar las identidades políticas ni los significativos aportes que esta perspectiva ha realizado son óbice a la aparición de críticas. Aun cuando los propios autores presentan anticipadamente sus argumentos en contra de la acusación de “reduccionismo discursivo” con la que muchas veces se atiza la crítica sobre su andamiaje metodológico, el debate persiste. Marcelo Gómez (2010) plantea que mirar este proceso desde una matriz “estadista-populista” magnifica el peso de las transformaciones discursivas sobre las decisiones políticas y la disponibilidad de recursos públicos que inciden en la acción colectiva, desprendiendo la cuestión del poder de la movilización de las clases populares. Si bien desde la perspectiva laclausiana los discursos incluyen también la decisión política y por lo tanto, no se encuentran escindidos de las relaciones de fuerza que constituyen el campo político, resulta adecuada la advertencia frente a los trabajos que pueden quedar presos de la retórica argumentativa como entrada primordial al análisis de la configuración de las identidades.

En paralelo a los estudios sobre la transformación de las identidades políticas, otro enfoque fue adquiriendo centralidad interpelado por los cambios en la dinámica de relación entre Estado y clases populares. La incorporación de cuadros de diferentes organizaciones piqueteras al elenco de funcionarios públicos y a las listas de candidatos con aspiraciones electorales del espacio kirchnerista fue entendida como un modo de institucionalización, que lanzaba un interrogante sobre qué sucedería con las demandas de las organizaciones una vez que sus militantes devenían parte del actor encargado de responder a ellas. Diversos trabajos (Perelmiter, 2010; Gómez, 2010, Pagliarone, 2012) tomaron la tarea de indagar en los significados de este proceso y para hacerlo optaron por diferentes estrategias metodológicas. Luisina Perelmiter enfatizó las tensiones que conlleva “militar el Estado” una vez que los referentes ingresan a cargos de gestión, que desde su mirada involucra tareas distintas a “trabajar en el Estado”. La autora realiza una etnografía de los circuitos que recorre el militante devenido funcionario. Por su parte, María Florencia Pagliarone historiza el vínculo entre política pública y organizaciones sociales, sugiriendo que en la década del noventa la pregunta fue cómo lograr que los beneficiarios de los planes sociales se transformen en militantes, mientras que ahora el dilema es cómo transformarlos en funcionarios estatales.

La perspectiva asumida por estos trabajos permite visibilizar una serie de discusiones conceptuales y metodológicas. En un primer sentido, se recupera la discusión entre autonomía y heteronomía para pensar la relación entre Estado y clases populares, poniendo de manifiesto la delgada diferencia que subyace entre la institucionalización, como consolidación de aspectos legales en el funcionamiento de las relaciones sociales, y la estatalización, que adquirió una connotación peyorativa, ligada a la desviación de los objetivos políticos originales hacia la extracción de ventajas de la integración a los aparatos y accesos a recursos del Estado. Esto último, estaría dando cuenta de un proceso de rutinización del oportunismo instrumental que reemplaza las orientaciones de lucha y militancia anteriores. Para Gómez (2010) el ethos militante se vio enfrentado así a un “ethos de gestión” conformista integrado una “normalización política de la militancia piquetera”, que podría tener como contrapartida un proceso de movimientización del Estado (Fornillo, en Gómez, 2010: 84). En un segundo sentido, las herramientas etnográficas vuelven a mostrar su potencialidad para dar cuenta de las tramas complejas gestadas en el interior del aparato estatal con la presencia de los militantes. Así, la atención se desplaza de las instancias de intervención territorial de los líderes para analizar los modos de inscripción de las demandas surgidas en el propio terreno gubernamental. La pregunta política acerca de cómo la acción puede tener continuidad en el trabajo territorial a la vez que generar espacios que institucionalicen demandas (Pagliarone, 2012: 80) tiene como correlato metodológico el interrogante acerca de cómo dar cuenta en nuestras investigaciones de los recorridos y vinculaciones que realizan las prácticas militantes por diversos espacios.

Vemos entonces que el enfoque orientado a las identidades políticas y el enfoque orientado a las tramas sociales son reeditados en relación a un nuevo proceso político. Si las organizaciones piqueteras habían sido un actor colectivo fundamental de la movilización y organización social de la lucha contra el neoliberalismo, la constitución de un espacio de organizaciones piqueteras reunidas en un frente transversal a favor del gobierno nacional que modifica el lazo entre clases populares y régimen político, reactiva en la sociología política la pregunta por los soportes identitarios de los sectores populares y sus implicancias en los procesos de movilización política. Si las organizaciones piqueteras eran el emergente de una trama sociopolítica marcada por la compleja tensión entre clases populares y Estado neoliberal, los procesos de incorporación de líderes piqueteros en distintos espacios de gestión pública reanuda en la etnografía política la pregunta por las características de los espacios de relación y construcción de demandas en el seno de las clases populares.

Conclusión: persistencia de las dos matrices e incorporación de nuevas preguntas

Los trabajos analizados pueden considerarse como diferentes formas de entrada a un interrogante que nos interesa poner de relieve: ¿cómo se entrelazan las experiencias de los grupos de clases populares en la conformación de movimientos sociales, cómo se relacionan con estructuras y dinámicas políticas preexistentes y qué cambios introducen?

Los enfoques basados en el actor colectivo se centraron en la novedad y la importancia social y política de los movimientos y sus demandas en un contexto de descomposición de la antigua matriz de integración social. Por su parte, los enfoques interesados en las tramas asociativas pusieron de relieve la positividad de las relaciones sociales en ámbitos de pobreza criticando la imagen de carencia sobre la que se funda la noción de “desocupado” y descentraron la mirada sobre el actor colectivo. Al abordar de este modo la acción colectiva describieron una serie de interacciones encadenadas que complejizaron aún más los procesos de movilización, reconociendo su carácter procesual y conflictivo. Esto fue posible porque a los discursos políticos de los líderes de las organizaciones agregaron el juego de la vida cotidiana en la que se desenvuelven los sectores populares.

Las dos últimas décadas del sistema político en la Argentina se vieron atravesadas por transformaciones de largo alcance y sentidos contrapuestos, de la profundización del modelo neoliberal a la discusión acerca de los alcances de un proyecto nacional-popular, que llevaron a una reconfiguración de los actores, los horizontes y los modos de articulación de la movilización social y política. En la larga década neoliberal, la profundización de un modelo excluyente concentró los esfuerzos de los movimientos en la resistencia ante los embates de un mercado de trabajo expulsivo, una desestatización del bienestar social y la represión masiva a los sujetos que encarnaban demandas disruptivas. En contraste, el año 2003 resulta un punto de inflexión para pensar las transformaciones en el marco de un gobierno que volvió a reivindicar el rol del Estado y la militancia como elementos fundantes de un nuevo ciclo político. La identidad piquetera tallada a la luz de procesos de masificación del desempleo y del empobrecimiento vivió un momento de redefinición que la llevó a reorganizar sus anclajes ideológicos, su programa de transformación social, su vínculo con el Estado y con la posibilidad de articulación dentro de lo que de modo incipiente comenzaba a denominarse “campo popular”.

Si las resistencias de los noventa fueron interpretadas desde diferentes matrices de análisis, revisar este recorrido es imperativo para pensar cómo se reubican dichos posicionamientos ante los cambios de la última década, y qué características adoptan las identidades y la acción colectiva en un contexto que habilitó mayores espacios de diálogo y negociación, produciendo un quiebre con el antagonismo a partir del cual gobierno y organizaciones populares se vincularon en la década anterior. El intento de forjar una identidad kirchnerista que aglutinara a los movimientos sociales reactualizó la pregunta por los actores colectivos, sus

identidades y fronteras, a la vez que los vínculos que estrechó el gobierno con las organizaciones populares rejerarquizó los estudios situados a nivel de las tramas sociales, poniendo un especial énfasis en la dimensión de lo estatal presente en las mismas, así como en el rol y las trayectorias individuales de los líderes que, provenientes de la militancia territorial, se insertaban ahora como funcionarios en el Estado. De este modo, ambas perspectivas serán de vital relevancia para futuras investigaciones que permitan comprender las tensiones que vienen recorriendo desde entonces las clases populares, la acción colectiva y el proceso político.

Bibliografía:

- Aboy Carlés, Gerardo (2005) "Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación", *Estudios Sociales*, Revista Universitaria Semestral, Año XV, núm. 27, primer semestre.
- Barros, Sebastián (2005). "Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista", ponencia presentada en el VII Congreso de la Sociedad Argentina de Análisis Político, en Córdoba, disponible en <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/VII/programa/paneles/a/a2/barros.pdf>
- Bidaseca Karina (2004). "Vivir bajo dos pieles": En torno a la resignificación de las políticas sociales y las complejidades del vínculo con el estado. El Movimiento de Trabajadores de Solano". Informe final, CLASPO-IDES.
- Briquet, J.L. (1997). *La Tradition en mouvent. Clientélisme et politique en Corse*, Editions Belin, París.
- Castel Robert (1997). *La metamorfosis de la cuestión social: Una crónica del salariado*, Buenos Aires, Paidós.
- Cerruti Gabriela y Grimson Alejandro (2004), *Buenos Aires: neoliberalismo y después. Cambios socio-económicos y respuestas populares*, Cuadernos del IDES n° 5, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Buenos Aires, Argentina.
- D' Amico Victoria y Jerónimo Pinedo Jerónimo (2009). "Debates y derivas en las investigaciones sobre "piqueteros". Una bitácora de lectura", en Revista Sociohistórica/Cuadernos del CISH n° 25, Primer Semestre de 2009, 155-180. Disponible en http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.4435/pr.4435.pdf
- Delamata, Gabriela (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires, Eudeba-Libros del Rojas n° 8.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2006a) "*Mientras tanto*": Política y modo de vida en una organización piquetero", Tesis de Maestría, Maestría en Antropología Social, IDAES/IDES, Buenos Aires.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2007). "Cuando vamos de piqueteros. Una aproximación crítica al concepto de identidad.". En: Lucas Rubinich, ed., *La sociología ahora*, Buenos Aires, Siglo XXI.
- Gómez, Marcelo (2010). "Acerca del protagonismo político y la participación estatal de los movimientos sociales populares: falacias, alucinaciones y cegueras del paradigma normal de análisis" en en Massetti, Villanueva y Gómez (comps.) *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*, Bs. As., Nueva Trilce. Pp. 65-96.
- Grignon C. y Passeron, J.C, (1989) *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Buenos Aires, Nueva Visión.
- Grimberg, Mabel (2009). "Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia Estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Ai-

- res” en *Revista de Sociología e Política*, V. 17, Nº 32: 83-94, febrero.
<http://www.scielo.br/pdf/rsocp/v17n32/v17n32a06.pdf>
- Grimson, Alejandro (2003). “La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires -Informe Etnográfico” Instituto para el Desarrollo Económico y Social Working Paper Series 02, Montevideo.
- Lenguita, Paula (2001) “Los desafíos teóricos de la identidad piquetera”, disponible en
<http://www.ceil-piette.setcip.gov.ar/docpub/ponencias/lenguitapiq.html>
- _____ (2002) El poder del desempleo. Reflexiones críticas sobre la relevancia política del movimiento piquetero, en *La atmósfera incandescente. Escritos sobre la argentina movilizada*, Asociación Trabajo y Sociedad, Buenos Aires.
- León Vega Emma (2000) “El tiempo y el espacio en las teorías modernas sobre la cotidianidad”, en Lindón, Alicia (comp.) *La vida cotidiana y su espacio-temporalidad*. Barcelona: Anthropos/ Colegio Mexiquense/ CRIM-UNAM.
- Manzano, Virginia (2004), “Tradiciones asociativas, políticas estatales y modalidades de acción colectiva: análisis de una organización piquetero”, *Intersecciones en Antropología* 5, Facultad de Ciencias Sociales, UNCPBA.
- _____ (2006). “Formación de dirigentes, jerarquía y disciplina en organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires: un enfoque antropológico de los movimientos sociales”, *Revista Avá* nº 9, Posadas, Misiones, Argentina.
- _____ (2007 a) *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- _____ (2007 b). “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales”, en Cravino María Cristina (editora), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires*, Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto del Conurbano.
- Masseti, Astor (2004) *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*, Buenos Aires, Editorial de las Ciencias/FLACSO.
- Melucci, Alberto (1994), “Asumir un compromiso”, *Revista Zona Abierta*, Nº 69.
- _____ (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*, Bs. As, Gorla.
- Míguez Daniel y Pablo Semán (2006) “Introducción. Diversidad y recurrencia en las culturas populares actuales” en Míguez, Daniel y Pablo Semán (eds.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires, Biblos.
- Muñoz, Antonia y Martín Retamozo (en prensa). “Kirchnerismo”: gobierno, política y hegemonía” en Viguera, Retamozo y Schuttenberg (comps.) *Peronismos, izquierdas y organizaciones populares. Movimientos e identidades políticas en la Argentina contemporánea*, La Plata, EDULP.
- Natalucci, Ana (2012). “Los movimientistas. Expectativas y desafíos del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista (2003-2010) en Pérez y Natalucci (eds.) *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Bs. As., Nueva Trilce. Pp. 27-56.
- Núcleo de Antropología da política (1998). “Uma antropología da política: rituais, representações e violência”. Cuadernos do NuAP nº 1, Río de Janeiro.
- Pagliarone, María Florencia (2012). “Piqueteros y funcionarios. Transformaciones de la FTV en el kirchnerismo”, en Pérez y Natalucci (eds.) *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Bs. As., Nueva Trilce. Pp. 57-82.

- Perelmiter, Luisina (2010). "Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008) en Massetti, Villanueva y Gómez (comps.) *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del Bicentenario*, Bs. As., Nueva Trilce. Pp.137-156
- Pérez, Germán y Ana Natalucci (2012). "Introducción. El kirchnerismo como problema sociológico", en Pérez y Natalucci (eds.) *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Bs. As., Nueva Trilce. Pp. 7-26.
- Quirós, Julieta (2006 a). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Bs. As., Antropofagia.
- _____ (2006 b) "Movimientos piqueteros, formas de trabajo y circulación de valor en el sur de Gran Buenos Aires" en *Anuario de Estudios en Antropología Social*, Bs. As., IDES.
- _____ (2006c). "Políticas sociales y movimientos piqueteros: análisis de un universo de obligaciones recíprocas en el sur del Gran Buenos Aires". In: 25a Reunião Brasileira de Antropologia, 2006, Goiania. 25a Reunião Brasileira de Antropologia. Saberes e práticas antropológicas. Desafios para o século XXI.
- Retamozo, Martín (2006)- *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Mimeo. Tesis de Doctorado. FLACSO, México.
- Schuttenberg, Mauricio (2012). "La trayectoria política de Libres del Sur 2003- 2011. Reconfiguración identitaria, alianza y ruptura con el kirchnerismo" en Pérez y Natalucci (eds.) *Vamos las bandas. Organizaciones y militancia kirchnerista*. Bs. As., Nueva Trilce. Pp. 127-148.
- Sigaud, Lygia (2005) "As condições de possibilidade das ocupações de terra", en *Tiempo social, revista de sociología de la USP*, v. 17, nº 1, junio.
- Svampa Maristella y Sebastián Pereyra (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Segunda edición actualizada. Bs. As., Biblos.
- Svampa, Maristella (2008). "Prefacio" en Pereyra, Sebastián, Pérez, Germán y Schuster Federico (eds.) (2008). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. Buenos Aires, Ediciones Al Margen.
- Thompson E. P. (1984) *Tradicón, revuelta y conciencia de clase*. Barcelona., Crítica.
- _____ (2000) *Agenda para una historia radical*, Barcelona., Crítica.
- Vommaro, Pablo (2003). "La producción y las subjetividades en los movimientos sociales de la Argentina contemporánea: el caso del MTD de Solano". *Informe final del concurso: Movimientos sociales y nuevos conflictos en América Latina y el Caribe*. Programa Regional de Becas CLACSO